



viesan nuestra sociedad. Vivimos en medio de una preocupante inconsistencia entre lo que decimos y lo que hacemos. Condenamos la violencia, pero muchas veces validamos pequeñas formas de engaño cotidiano. Nos escandalizan el narcotráfico y la colusión, pero rara vez formamos a nuestros niños en la valentía de asumir la verdad. Al mismo tiempo, enarbola- mos banderas como la inclusión y la libertad de expresión, pero no dudamos en denigrar o ridiculizar a quienes piensan distinto.

En este contexto, la tragedia de Calama no puede entenderse como un hecho aislado ni meramente disciplinario. Es, ante todo, la expresión de una crisis ética y cultural. Por ello, la respuesta no puede limitarse a medidas administrativas o punitivas.

Chile no puede seguir erosionando la integridad de su convivencia por la ausencia de principios sólidos. No basta con sancionar; es necesario educar.

En momentos en que el gobierno ha iniciado su mandato bajo un tono de emergencia, conviene preguntarse si no estamos mirando en la dirección equivocada. La verdadera emergencia es la educación, entendida en su dimensión más profunda: la formación integral del ser humano.

La tragedia que hoy lamentamos debe interpelarnos como sociedad entera. Educar en valores no es tarea exclusiva de la escuela, sino un compromiso compartido.

*Valentina Velarde Lizama
Académica Escuela de Psicología
Universidad Finis Terra*

cartasaldirector@australvaldivia.cl

La verdadera emergencia

● La dolorosa muerte de la inspectora en Calama a manos de un estudiante, nos enfrenta a una realidad que no podemos seguir eludiendo. Más allá de la legítima conmoción, este hecho nos obliga a mirar con honestidad las profundas contradicciones que atra-